
Correteros Primaverales

Rudyard Kipling

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 6263

Título: Correteos Primaverales

Autor: Rudyard Kipling

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 25 de diciembre de 2020

Fecha de modificación: 25 de diciembre de 2020

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Correteros Primaverales

¡El hombre retorna al hombre!
Corred la voz por la selva;
se marcha el que era nuestro hermano.
Escucha, pues, ahora, y juzga,
pueblo de la selva.
Responde: ¿quién detenerlo puede,
o quién tras él irá?

¡El hombre retorna al hombre!
Está llorando en la selva:
el que era nuestro hermano, llora su dolor.
¡El hombre retorna al hombre!
(¡Oh, y cuánto se le amaba en la selva!)
Allí seguirle, imposible es ya.

Dos años después de la gran lucha contra los perros rojizos y de la muerte de Akela, Mowgli andaba por los diecisiete años. Parecía mayor, pues el rudo ejercicio, los buenos alimentos y los baños siempre que el calor o el polvo lo molestaban, habían hecho que sus fuerzas y su desarrollo fueran superiores a su edad. Podía balancearse de un modo continuo durante media hora sosteniéndose de una rama con una sola mano, cuando quería curiosear entre los árboles. Podía detener a un gamo en su carrera y tirarlo por tierra asiéndolo de la cabeza. Podía incluso voltear hasta a los enormes y feroces jabalíes azulados que viven en los pantanos del norte. El pueblo de la selva, que antes lo temía por su ingenio, lo temía ahora por su fuerza, y cuando procedía él a sus correrías silenciosas, el mero rumor de que se acercaba hacía que se despejaban todos los senderos del bosque. Sin embargo, su mirada siempre era bondadosa. Inclusive cuando luchaba, sus ojos nunca llameaban como los de Bagheera. Tan sólo se habían vuelto más atentos y mostraban mayor excitación, y era esto una de las cosas que la misma Bagheera nunca llegó a entender.

Preguntóle a Mowgli acerca de ello, y el muchacho se rió y dijo:

—Cuando yerro un golpe, me incomodo. Cuando tengo que estar dos días sin comer, me esfuerzo. ¿No se nota entonces en mis ojos el mal humor?

—Tu boca puede tener hambre —respondió Bagheera—, pero tus ojos no lo demuestran.

Cazando, comiendo o nadando, siempre permanecen igual. como una piedra en tiempo húmedo o seco.

Mowgli la miró con aire perezoso al través de sus largas pestañas, y, como siempre, la pantera agachó la cabeza. Bagheera reconocía en él a su amo.

Estaban ambos tendidos cerca de la cumbre de una colina que dominaba al Waingunga, y la niebla matutina colgaba allá abajo, a sus pies, formando jirones blancos y verdes.

Al elevarse el sol se convirtió en burbujeantes mares de color rojo dorado, se deshizo luego y dejó paso a los rayos, bajos aún, que trazaron luminosas franjas sobre la yerba seca donde Mowgli y Bagheera descansaban. Tocaba a su fin la estación fría; las hojas y los árboles parecían gastados y marchitos, y, cuando soplaba el viento, escuchábase un rumor seco y un tic—tac dondequiera que soplaba el viento. Una hojilla golpeteó furiosamente contra una rama, como lo hace toda hoja agitada por una corriente de aire.

Logró despabilar a Bagheera, porque olfateó el aire matinal con un profundo, cavernoso ronquido, tendióse sobre el lomo, y con sus patas delanteras golpeó a la hojilla que se movía sobre su cabeza.

—El año va a cambiar —dijo—. La selva adelanta. Se acerca la época del nuevo lenguaje.

Esta hojilla lo sabe. ¡Muy bien!

—La hierba está seca —contestó Mowgli, arrancando un puñado—. Hasta los ojos de primavera (que son unas florecillas rojas, como de cera, en forma de trompetillas, que crecen entre la hierba), hasta los "ojos de primavera" todavía están cerrados, y...

Bagheera, ¿te parece bien que toda una pantera negra esté echada en esa posición y dé manotazos en el aire con sus patas, como si fuera un

gato montés?

—"¿Aowh?" —dijo Bagheera. Parecía estar pensando en otras cosas.

—Digo que si te parece bien que la pantera negra abra así la boca para dar ronquidos y aülle y se revuelque de esa manera. Acuérdate que tú y yo somos los amos de la selva.

—Sí; es verdad. Te oigo, hombre—cachorro.

Dio media vuelta rápidamente y se sentó, y el polvo le cubría los raídos y negros ijares (estaba entonces mudando la piel del invierno).

—Ciertamente somos los amos de la selva, ¿Quién es tan fuerte como Mowgli? ¿Quién sabe tanto como él?

La voz parecía arrastrar un tanto las palabras, y esto hizo que Mowgli se volviera para ver si la pantera había querido burlarse de él, porque la selva está llena de palabras, que suenan de muy distinto modo de lo que significan.

—Dije que sin duda alguna somos los amos de la selva —repitió Bagheera—. ¿Hice mal? No sabía que ya no se echaba sobre la tierra el hombre—cachorro. ¿Vuela, entonces?

Mowgli se sentó y apoyó sus codos en las rodillas, y miró al través del valle, a la luz del día. En algún rincón de los bosques que se veían allá lejos, un pájaro ensayaba con una voz ronca y aflautada las primeras notas de su canción primaveral. No era aquello sino la sombra del torrente de armonías que cantaría más tarde; pero Bagheera había oído aquello.

—Dije que el tiempo del nuevo lenguaje está cerca —gruñó la pantera, azotándose con la cola.

—Ya lo oí —respondió Mowgli—. Bagheera, ¿por qué te tiembla todo el cuerpo? El sol quema..

—Ése es Ferao, el picamaderos de color escarlata —dijo Bagheera—. Él no ha olvidado nada. Ahora yo también debo recordar mi canto.

Y empezó a ronronear y a berrear, escuchándose una y otra vez, insatisfecha.

—Ninguna pieza de caza a la vista —observó Mowgli.

—Hermariito, ¿estás completamente sordo? Esto no es un grito de caza, sino mi canción, que ensayo para cuando la necesite.

—Se me había olvidado. Pero sabré cuando ya esté aquí la época del lenguaje nuevo, porque entonces tú y los demás se escaparán y me dejarán solo.

Mowgli pronunció estas palabras de muy mal humor.

—Pero, hermanito —empezó Bagheera—, la verdad es que no siempre...

—¡Lo haréis! —replicó Mowgli con violento gesto de cólera—. Ustedes huirán, y yo, que soy el amo de la selva, deberé entonces pasearme solo. ¿Qué sucedió en la última estación, cuando quería recoger cañas de azúcar en los campos de la manada humana?

Envié a un mensajero... te envié a ti. Te mandé que hablaras con Hathi y que le dijeras que viniera aquí tal noche y que arrancara con su trompa algunas de aquellas hierbas dulces para mí.

—Tan sólo llegó dos noches después —respondió Bagheera, agachándose, un tanto acobardada—. Y de aquella larga y dulce hierba que tanto te gustaba arrancó más de lo que cualquier hombre—cachorro podría comer durante todas las noches de lluvias. ¡No tuve la culpa de aquello!

—No vino la noche que yo le dije. No; andaba trompeteando y corriendo y dando bramidos por los valles a la luz de la luna. Su rastro era como el de tres elefantes juntos, porque no se escondía entre los árboles. Bailaba a la luz de la luna ante las casas de la manada de los hombres. Yo lo vi, y, con todo, no quiso venir a donde yo estaba. ¡Y yo soy el amo de la selva!

—Es que era la época del lenguaje nuevo —respondió la pantera, muy humilde siempre—.

Tal vez, hermanito, no empleaste entonces para llamarlo alguna palabra mágica.

¡Escucha ahora a Ferao y diviértete!

El mal humor de Mowgli pareció haberse disipado ya. Se acostó boca arriba, con la cabeza sobre los brazos y con los ojos cerrados.

—No lo sé... ni me importa averiguarlo —dijo, soñoliento. Durmamos, Bagheera. ¡Siento tal opresión en el pecho!... Déjame reclinar la cabeza en tu cuerpo.

Se echó la pantera, suspirando, porque podía oír a Ferao ensayando una y otra vez su canción para la época de primavera, o del lenguaje nuevo, como ellos dicen.

En las selvas indias, las estaciones pasan de la una a la otra casi sin que se note separación entre ellas. Parece como si sólo hubiera dos: la húmeda y la seca; pero si se mira atentamente bajo los torrentes de lluvia y las nubes de polvo y de cosas carbonizadas, se notará que las cuatro se suceden según los ciclos acostumbrados. La primavera es la más bella, porque no tiene que cubrir de hojas y de flores nuevas un campo limpio y desnudo, sino llevarse y apartar los montones de cosas medio verdes que cuelgan aún y sobreviven, respetadas por el suave invierno, y hacer de paso que la tierra envejecida, pero no totalmente desnuda, se sienta nueva y joven una vez más. Y esto sabe hacerlo tan bien, que no existe en el mundo primavera, comparada a la primavera de la selva.

Existe un día en que las cosas parecen fatigadas, y hasta los mismos olores, al elevarse por el pesado aire, parecen algo viejo y usado. Esto no puede ser explicado, pero se experimenta. Luego viene otro día —pero para el ojo nada ha cambiado— en que todos los olores parecen nuevos y son deliciosos; entonces, les tiemblan los bigotes al pueblo de la selva hasta las raíces, y empieza a caérseles de los ijares el pelo de invierno en largos y sucios mechones. Entonces, si por casualidad llueve un poco, todos los árboles, y los matorrales, y los bambúes y los musgos y las plantas de hojas jugosas, despiertan con unos rumores y un crecimiento súbito que casi puede escucharse, y todavía, bajo estos rumores, corre día y noche algo como un profundo zumbido. Éste es el susurro de la primavera. . algo que vibra, y que no es ruido de abejas, ni de agua que cae, ni de viento en las copas de los árboles, sino una especie de arrullo de un mundo que se siente feliz.

Hasta aquel año, Mowgli había siempre disfrutado con el cambio de las estaciones.

Generalmente, él era el primero que veía el primer "ojo de primavera" escondido entre la hierba, y la primera aglomeración de nubes primaverales, que no tienen par en la selva. Su voz podía oírse en todos los sitios húmedos donde brillaban las estrellas y donde hubiera algo que floreciera, uniéndose al coro de las ranas, imitando a los búhos que graznan, o haciendo las cosas al revés, durante las noches claras.

Escogía para sus correrías, como todos los suyos, la primavera, e iba de un lugar a otro por el mero placer de correr al través del aire tibio durante treinta, cuarenta o cincuenta kilómetros entre la hora del crepúsculo y la del alba, retornando luego sonriente y jadeante coronado de extrañas flores. Los cuatro no lo seguían en estas salvajes correrías por la selva; se iban a cantar sus canciones con los otros lobos. El pueblo de la selva está muy ocupado en primavera, y Mowgli podía escucharlos gruñir, gritar o silbar según la especie de los individuos. Sus voces son entonces diferentes a las de otras épocas del año, y por esto se le llama la época del lenguaje nuevo a la primavera, en la selva.

Pero en esta ocasión, como Mowgli le había dicho a Bagheera, su pecho había cambiado. Desde que habían adquirido un color moreno, lleno de manchas los retoños del bambú, había él estado esperando la mañana en que cambiarían todos los olores.

Pero cuando llegó aquella mañana, y Mor, el pavo real, resplandeciendo en sus luminosos colores bronce, azul y oro, lanzó su agudo grito entre los bosques, y Mowgli abrió su boca para contestar con su propio grito, las palabras se le quedaron entre los dientes, y experimentó algo que le empezó en los dedos de los pies y terminó en su cabello.. . una sensación de decidido malestar, de tal modo que se examinó atentamente por asegurarse de que no había hollado ninguna espina.

Dio Mor el grito que señalaba los nuevos olores; los demás pájaros lo repitieron, y por allá, en las rocas del Waingunga oyó el muchacho el ronco grito de Bagheera, algo que participaba del águila y del relincho del caballo. Sobre la cabeza de Mowgli, en las ramas cubiertas de retoños, hubo chillidos y desbandada de Bandar—log; él permaneció allí en pie, con ganas de contestarle a Mor, y no haciendo otra cosa que sollozar que le arrancaba su sentimiento de infelicidad.

Miró atentamente en torno suyo, pero no vio otra cosa que a los burlones

Bandar—log que correteaban entre los árboles, y a Mor, que desplegaba la rueda de sus espléndidos colores, allá abajo, en los declives.

—¡Los olores han cambiado! —gritaba Mor—. ¡Buena suerte, hermanito! ¿Por qué no contestas?

—¡Hermanito, buena suerte! —silbó Chil, el milano, y con él su compañera, que descendían juntos por el aire en rápido vuelo. Los dos pasaron tan cerca de Mowgli que, al rozarlo, se desprendió de sus alas un poco de suave y blanco plumón.

Leve lluvia de primavera (la llaman allí "lluvia del elefante") pasó al través de la selva en una franja de más de medio kilómetro de ancho; dejó a las hojas mojadas y moviéndose, y terminó con un doble arco iris y algunos truenos. El zumbido de la primavera rompió todo durante un minuto, y luego quedó en silencio, pero parecían gritar todos a la vez los habitantes de la selva. Todos, excepto Mowgli.

—He comido buenos alimentos —díjose a sí mismo y he bebido buena agua. No arde mi garganta ni parece cerrarse, como cuando mordí la raíz de manchas azuladas, cuando Oo, la tortuga, me dijo que era alimento sano. Pero siento oprimido el pecho, y les hablé con violencia a Bagheera y a otros, a los de la selva en general y a los míos. Y también, siento ahora calor, luego frío, y después ni frío ni calor, pero mal humor con algo que no acierto a ver. ¡Huhu! ¡Ya es hora de correr! Esta noche atravesaré los terrenos de pastos; sí: emprenderé mi correría primaveral por los marjales del Norte. Durante largo tiempo he cazado con mucha comodidad. Y los cuatro vendrán conmigo, pues se están poniendo gordos como larvas de gorgojo.

Los llamó entonces, pero ninguno de los cuatro contestó. Estaban demasiado lejos para que pudieran oírle, cantando las canciones de primavera (las de la Luna y del Sambhur) con los lobos de la manada; porque en tiempo de primavera el pueblo de la selva no ve apenas diferencia entre el día y la noche. Dio el agudo grito como un ladrido, pero la única respuesta fue el burlón miau del pequeño gato montés moteado que se arrastraba tortuosamente entre las ramas buscando nidos tempranos. Al oírlo, se estremeció de coraje y requirió su cuchillo. Luego adoptó un continente altivo aunque no estuviese nadie allí que pudiera verlo, y bajó a grandes trancos y muy serio por la falda de la colina, salida la barbilla y fruncidas las cejas. Pero ninguno de los suyos le preguntó

nada porque cada quien estaba muy ocupado con sus propios asuntos.

—Sí —se dijo Mowgli, aunque sabiendo en lo hondo de su pecho que no tenía razón—; que vengan del Dekkan los perros rojizos o que la flor roja se agite entre los bambúes y que toda la selva venga lloriqueando a precipitarse a los pies de Mowgli, aplicándole grandes calificativos como si fuera un elefante. Pero ahora, porque los ojos de la primavera están rojos, y a Mor se le ocurre enseñar sus desnudas piernas en sus danzas primaverales, la selva se vuelve loca, como Tabaqui... ¡Por el toro que me rescató! ¡Yo soy el amo de la selva! ¿O no? ¡Silencio! ¿Qué hacéis allí?

Una pareja de lobos de la manada descendían corriendo por uno de los senderos, buscando campo abierto adecuado para luchar.

(Conviene recordar que la ley de la selva prohíbe pelear donde pueda verlo el resto de la manada.) Tenían los pelos del pescuezo erizados como alambres, y ladraban furiosamente, acercándose agachados, pronto a ser cada uno el primero en acometer.

Mowgli saltó hacia adelante, y con cada mano asió de un pescuezo, esperando poder lanzar hacia atrás a los animales como muchas veces lo había hecho en juegos o cacerías de la manada. Pero nunca antes había intervenido en una lucha de primavera.

Ambos saltaron hacia adelante y lo apartaron derribándolo, y sin una palabra, se agarraron y rodaron una y otra vez.

Casi antes de caer ya estaba Mowgli en pie; desnudo estaba su cuchillo y enseñaba los blancos dientes, y en ese mismo minuto hubiera matado a ambos, únicamente porque luchaban cuando él quería que se estuvieran quietos, aunque, según la ley, todo lobo tiene completo derecho a pelear. Dio vueltas en torno de los dos, encogidos los hombros y con temblorosa mano, pronto para darles de cuchilladas cuando la primera furia del ataque hubiese pasado; pero, en tanto que esperaba, parecieron abandonarle las fuerzas; la punta del cuchillo fue bajándose y terminó por envainarlo y seguir mirando.

—Ciertamente comí algo venenoso —dijo, al cabo, suspirando—.

Desde que interrumpí el Consejo con la flor roja. . desde que maté a Shere Khan... ni uno solo de los de la manada era capaz de arrojarme al suelo.

¡Y éstos no son sino zagueros de la manada, cazadores de segunda! Me abandona mi fuerza y no tardaré en morir. ¡Oh, Mowgli! ¿Por qué no los matas a los dos?

Prosiguió la lucha hasta que huyó uno de los lobos y Mowgli quedó solo en aquella tierra removida y ensangrentada, mirando, ya su cuchillo, ya sus piernas y sus brazos, mientras la sensación de hondo aplanamiento, de profunda infelicidad que nunca antes había experimentado, pesaba sobre él como pesa el agua sobre el sumergido leño que cubre.

Cazó temprano aquella noche y sólo comió un poco, a fin de encontrarse dispuesto para su correría primaveral; y comió solo, porque todo el pueblo de la selva se hallaba lejos, cantando o luchando. La noche espléndida, era una de aquellas que ellos llaman blancas.

Todas las plantas parecían hacer crecido, desde por la mañana, lo que debieran crecer en un mes. La rama que el día anterior mostraba hojas amarillas, dejaba ahora salir la savia cuando Mowgli la rompía. Los musgos se enroscaban, por encima de sus pies, tibios y mullidos. La hierba nueva no cortaba al tocarla; todas las voces de la selva resonaban como una sola cuerda de arpa, pulsada por la Luna... la Luna del lenguaje nuevo, que lanzaba de lleno su luz sobre las rocas y sobre las lagunas, la deslizaba entre los troncos y las enredaderas, y la filtraba entre millares de hojas. Olvidándose de su desdicha, Mowgli cantaba en voz alta con el más puro regocijo al emprender su carrera. Parecía volar, más que cualquiera otra cosa, porque había escogido como punto de partida la larga y rápida pendiente que lleva a los marjales del Norte, por en medio del corazón de la selva, donde el terreno, verdaderamente elástico por la hierba, amortiguaba el ruido de sus pasos. Un hombre que hubiera sido educado por hombres habría tenido muchos tropiezos al través de la vaga luz de la Luna; pero los músculos de Mowgli, adiestrados por años de experiencia, lo sostenían como si fuese una pluma. Cuando algún leño podrido o una piedra escondida se torcían bajo sus pies, él seguía adelante sin inmutarse, sin aminorar su velocidad, sin esfuerzo y sin preocuparse lo más mínimo.

Cuando se cansaba de caminar por el suelo, levantaba sus brazos asiéndose al estilo de los monos de alguna enredadera cercana, y parecía flotar, más bien que encaramarse, llegando hasta las más delgadas ramas de los árboles, y desde allí seguía uno de los caminos arbóreos, hasta que cambiaba de idea y de nuevo descendía al suelo, describiendo una larga

curva. Había sitios silenciosos, cálidos y húmedos, rodeados de rocas húmedas, donde era difícil respirar por los pesados olores que se desprendían de las flores nocturnas y de los capullos de enredadera; oscuras avenidas donde la luz de la Luna formaba en el suelo brillantes fajas, colocadas tan regularmente como si fuesen piezas de mármol puestas en la nave de una iglesia; espesos y húmedos matorrales en que la nueva vegetación le llegaba al pecho, como queriendo echarle los brazos en torno de la cintura; cimas de montaña coronadas de rocas despedazadas, donde saltaba él de piedra en piedra sobre los cubiles de asustadas raposas pequeñas. Oía a veces, muy débil y muy lejano, el chug—drug, ruido que hacía el jabalí al afilarse los colmillos contra un tronco; y se cruzaba en el camino del enorme animal que arañaba y arrancaba la corteza de un alto árbol, llena de espuma la boca y de llamas los ojos. O se desviaba al oír un ruido de cuernos chocando y silbantes gruñidos, y pasaba como una exhalación delante de un par de sambhurs enfurecidos, que se movían vacilantes, baja la cabeza, cubiertos de rayas de sangre que parecían negras a la luz de la Luna. O en algún vado oía a Jacala, el cocodrilo, que bramaba como un buey, o separaba a alguna pareja perteneciente al pueblo venenoso; pero antes de que pudieran picarlo ya estaba lejos, cruzando los brillantes guijarros, y se internaba de nuevo en la selva.

Así corrió, unas veces gritando, otras cantando, sintiéndose el más feliz de cuantos seres había esa noche en la selva, hasta que, por último, el olor de las flores le indicó que se encontraba ya cerca de los marjales, y éstos quedaban mucho más lejos de los límites de su acostumbrado cazadero.

Aquí también, cualquier hombre educado por hombres se hubiera hundido hasta la cabeza a los tres pasos; pero parecía que Mowgli tenía ojos en los pies que lo llevaban de mata en mata movediza, vacilante, pero sin necesitar de los ojos de su cara. Corrió hacia el centro del pantano, asustando a los patos al pasar, y se sentó sobre un tronco de árbol cubierto de musgo y caído en el agua negruzca. En torno suyo, todos los habitantes del marjal estaban despiertos, porque en la primavera el pueblo de los pájaros tiene ligero el sueño, y en gran número estuvieron yendo y viniendo durante toda la noche. Pero ninguno de ellos hizo el menor caso de Mowgli, quien permanecía sentado entre las altas cañas y susurraba canciones sin palabras y se miraba las plantas de los pies, morenos y endurecidos para ver si se le había clavado alguna espina, Toda su infelicidad parecía haber quedado muy atrás en la selva; pero empezaba a

entonar una de sus canciones a grito pelado, cuando volvió a apoderarse de él... y diez veces peor que antes.

En esta ocasión, Mowgli sintió miedo.

—¡También aquí! —dijo casi en voz alta—. ¡Me ha seguido! Y miró por encima de su hombro para ver si aquello estaba realmente allí, tras él.

—No hay nadie.

Continuaron los ruidos nocturnos del pantano, pero no le dirigieron la palabra ni una ave ni una fiera, y fue en aumento el sentimiento de tristeza que lo embargaba.

—Ciertamente he comido algún veneno —dijo con atemorizada voz—. Habré tragado sin darme cuenta algún veneno y voy perdiendo las fuerzas. Sentí miedo (y, con todo, no era yo el que lo sentía)... Mowgli tuvo miedo cuando peleaban los dos lobos. Akela, e incluso Fao, los hubieran reducido a la obediencia; pero Mowgli sintió miedo. Señal indudable de que he tragado algún veneno... Pero, ¿qué les importa a los de la selva?

Cantan, aúllan, luchan los unos con los otros, corren en cuadrillas a la luz de la Luna, mientras yo... ¡Haimai!... Yo me estoy muriendo aquí en los marjales, por causa de ese veneno que he tragado.

Sintió tal compasión por él mismo, que casi se echó a llorar.

—Y después —continuó— me encontrarán tendido sobre esa agua negra. ¡No! Regresaré a mi selva y moriré sobre la Peña del Consejo, y Bagheera, a quien quiero... si es que no anda gritando por el valle... Bagheera, quizás, vigilará un rato lo que de mí quede, para que Chil no haga conmigo lo que hizo con Akela.

Una lágrima, grande y tibia, cayó sobre sus rodillas, y, a pesar de lo desdichado que se sentía, Mowgli experimentó algo como un placer de su desgracia, si es que puede entenderse esa especie de felicidad al revés.

—Como lo que hizo Chil el milano con Akela —repitió.— la noche aquella en que salvé de los perros rojos a la manada.

Quedóse quieto por unos momentos, pensando en las últimas palabras del Lobo Solitario, que, por supuesto, vosotros recordaréis.

—Bueno: Akela me dijo muchas tonterías antes de morir, porque cuando morimos cambia todo lo que tenemos en el pecho. Dijo.. . Pero no importa. A pesar de todo, yo soy de la selva.

Por la excitación que sentía recordando la lucha en las orillas del Waingunga, dijo las últimas palabras gritando, y una hembra de búfalo salvaje que estaba entre las cañas se levantó del suelo sobre sus rodillas y dijo bufando:

—¡Un hombre!

—¡Uh! —dijo Mýsa, el búfalo salvaje (Mowgli lo oía moverse en su charco)—, eso no es un hombre. No es más que el lobo pelón de la manada de Seeonee. En noches como ésta anda corriendo de acá para allá.

—¡Uh! —dijo también la hembra agachando de nuevo la cabeza para pacer—. Creí que era un hombre.

—Te digo que no. ¡Oh, Mowgli! ¿Hay algún peligro? —mugió Mýsa.

—¡Oh, Mowgli! ¿Hay algún peligro? —repitió el muchacho, burlándose—. Eso es en lo único que piensa Mýsa: en si hay algún peligro. Pero de Mowgli que va de un lado para otro en la selva, siempre vigilando, ¿qué se le da?

—¡Cómo grita! —exclamó la hembra.

—Así gritan —respondió Mýsa despreciativamente— los que, cuando ya arrancaron la hierba, no saben cómo comérsela.

—Por mucho menos que eso —gruñó Mowgli para sus adentros—, por menos que eso, en la época de lluvias hubiera pinchado a Mýsa hasta sacarlo de su charca, y cabalgándolo, lo habría conducido al través del pantano atado con una cuerda de juncos.

Alargó la mano para romper uno de éstos, pero la retiró dando un suspiro. Mýsa siguió rumiando imperturbable, y la larga hierba iba raleando donde pacía el búfalo.

—No moriré aquí —dijo Mowgli enojado—. Me vería Mýsa, que es le la

misma sangre de Jacala y del jabalí. Vamos más allá del pantano a ver qué sucede. Nunca había emprendido una correría de primavera como ésta... siento frío y calor a la vez. ¡Ánimo, Mowgli!

No pudo resistir la tentación de deslizarse al través de los juncos hasta llegar a Mysa y darle un pinchazo con la punta de su cuchillo. El enorme búfalo salió chorreando de su charca, como una bomba que estalla, en tanto que Mowgli tuvo que sentarse por la risa que lo acometió.

—Ahora anda y di que el lobo pelón de la manada de Seeonee te trató como a un búfalo de rebaño, Mysa —gritó.

—¿Lobo, tú? —dijo, bufando, el búfalo, y pateando en el barro—. Toda la selva sabe que tú guardabas ganado..., que eres un mozuelo como los que gritan entre el polvo, en los campos de allá lejos. ¡Tú, de la selva!... ¿Qué cazador se hubiera arrastrado como serpiente entre sanguijuelas, y, por una broma idiota, por una broma de chacal, me habría avergonzado delante de mi hembra? Sal a tierra firme, y te... te...

Lanzaba el animal espumarajos de rabia, porque Mysa es quizás el que peor genio tiene en toda la selva. Mowgli mirábalo bufar con ojos de inalterable calma. Cuando pudo hacerse oír entre el ruido del barro que salpicaba, dijo:

—¿Qué manada de hombres hay aquí, cerca de los pantanos, Mysa? No conozco esta parte de la selva.

—Dirígete hacia el Norte, pues —bramó furioso el búfalo, porque el pinchazo había sido en verdad muy fuerte—. Eso ha sido una burla digna de un vaquero como tú. Anda y cuéntasela a los de la aldea, allá al extremo del pantano.

—A las manadas de los hombres no les gustan los cuentos de la selva, y no creo, Mysa, que un arañazo de más o de menos en tu piel sea cuestión de reunir un consejo. Pero iré a dar un vistazo a la aldea. Sí; iré. Pero ahora, calma. No viene el dueño de la selva cada noche a guardarte mientras paces.

Saltó sobre la tierra movediza al borde del pantano, sabiendo bien que Mysa no lo embestiría allí, y echó a correr, riéndose, al pensar en el enojo del búfalo.

—No he perdido aún toda mi fuerza —dijo—. Quizás el veneno no me ha llegado aún hasta los huesos. Allá está una estrella, muy baja.

Miróla por el hueco que quedaba entre sus manos casi cerradas.

—¡Por el toro que me rescató! ¡Es la flor roja... la flor roja junto a la que me senté yo antes. antes de unirme a la primera manada de Seeonee! Ahora que lo he visto, daré por terminados mis correteos.

El marjal terminaba en una ancha llanura en la cual parpadeaba una luz. Hacía ya mucho tiempo desde que Mowgli se había mezclado en los asuntos de los hombres, pero aquella noche el resplandor de la flor roja lo indujo a seguir adelante.

—Daré una ojeada —dijo— como aquella vez en tiempos pasados, y veré si la manada humana ha cambiado.

Olvidando que ya no se hallaba en la selva donde podía hacer lo que quería, corrió descuidadamente por la hierba húmeda de rocío hasta que llegó a la choza donde ardía la luz. Tres o cuatro perros ladraron, pues ya se encontraba en los alrededores de la aldea.

—¡Oh! —dijo Mowgli sentándose sin producir ningún ruido, y después de lanzar un aullido de lobo que silenció a los perros—. Lo que ha de suceder, sucederá. Mowgli, ¿qué tienes tú qué ver ya con los cubiles de la manada de hombres?

Se limpió la boca con la mano, pues se acordó que en ella lo había golpeado una piedra, hacía muchos años, cuando la otra manada humana lo arrojó de su seno.

La puerta de la choza, al abrirse, dejó ver a una mujer que miró hacia la oscuridad de afuera. Lloró un chiquillo, y la mujer dijo por encima del hombro:

—Duerme. No es sino un chacal que despertó a los perros. Pronto amanecerá.

Mowgli, que se ocultaba en la hierba, empezó a temblar como atacado de fiebre.

Conoció muy bien aquella voz, pero para estar seguro gritó suavemente, sorprendiéndose él mismo de que de nuevo pudiera hablar como los hombres:

—¡Messua! ¡Messua!

—¿Quién llama? —dijo la mujer con un leve temblor en la voz.

—¿Me olvidaste ya? —dijo Mowgli. Mientras hablaba, sentía seca la garganta.

—Si en verdad eres tú, ¿cuál es el nombre que te di? ¡Dime!

Había entrecerrado la puerta y una de sus manos apretaba su pecho.

—¡Nathoo! ¡Nathoo! —respondió Mowgli, porque, como vosotros recordaréis, éste fue el nombre que le dio Messua cuando él por primera vez fue a unirse a la manada de los hombres.

—Ven, hijo mío —gritó ella, y Mowgli se adelantó hacia la luz, miró cara a cara a Messua, la mujer que había sido buena con él y cuya vida el muchacho había salvado hacía tanto tiempo. Se veía ella más vieja y su cabello era gris, pero ni sus ojos ni su voz habían cambiado. Como mujer que era, pensó ver a Mowgli tal como lo había dejado, y sus ojos lo recorrían desde el pecho hasta su cabeza que topaba casi con el dintel de la puerta.

—¡Hijo mío! —balbuceó; y luego, arrojándose a sus pies, continuó diciendo—:

—Pero ya no es mi hijo, sino un pequeño dios de los bosques. ¡Ay!..

De pie como estaba, a la roja luz de la lámpara de aceite, fuerte y hermoso, con el largo cabello negro cayéndole sobre los hombros, con el cuchillo pendiente de su cuello y la cabeza coronada de blancos jazmines, podía tomársele fácilmente por algún dios de que hablan las leyendas de la selva. El chiquillo, medio dormido en su cuna, se levantó y empezó a gritar atemorizado. Messua se volvió para calmarlo, en tanto que Mowgli se mantenía quieto, mirando los jarros y los calderos, el arcón del grano y todos los demás útiles de que usan los hombres, y vio que los recordaba perfectamente.

—¿Quieres comer o beber algo? —murmuró Messua—. Todo esto es tuyo. Te debemos la vida. Pero, ¿eres tú de veras aquél a quien yo llamé Nathoo, o más bien eres un pequeño dios?

—Soy Nathoo —respondió Mowgli—. Estoy muy lejos de mis propios lugares. Vi esta luz, y vine. No sabía que estuvieras tú aquí.

—Después de que venimos a Khanhiwara —dijo Messua tímidamente—, los ingleses nos ayudaron contra aquella gente que quería quemarnos. ¿Recuerdas?

—Sí. No lo he olvidado.

—Pero cuando la ley inglesa tuvo ya todo preparado, fuimos a la aldea de aquella mala gente, pero ya no existía.

—También me acuerdo de eso —dijo Mowgli con un leve aleteo de las ventanas de la nariz.

—Por tanto, mi hombre trabajó en los campos de otros, y por último (porque en verdad era un hombre muy fuerte), fuimos dueños de una pequeña porción de tierra. No es tan buena como la de la otra aldea, pero no necesitamos mucho... para los dos.

—¿Dónde está... el hombre que escarbaba la tierra cuando tenía miedo... aquella noche?

—Murió..., hace un año.

—¿Y ése? —prosiguió Mowgli señalando al chiquillo.

—Mi hijo, que nació hace dos lluvias. Si tú eres un dios, haz que la selva lo proteja, que nunca le ocurra nada entre tu... entre tu gente, así como nos protegiste a nosotros aquella noche.

Levantó en brazos al niño, el cual, olvidándose de su pasado miedo, empezó a jugar con el cuchillo que colgaba del cuello de Mowgli, y éste le apartó los deditos con gran cuidado.

—Y si tú eres Nathoo, el que el tigre se llevó —prosiguió Messua, ahogando un sollozo—, entonces éste es tu hermanito. Dale tu bendición, como hermano mayor.

—¡Hai—mai! ¿Qué sé yo de eso que se llama bendición? Yo no soy un dios, ni tampoco su hermano, y... ¡Oh, madre, madre! ¡Tengo el corazón oprimido!...

Se estremeció al colocar al chiquillo en el suelo.

—Claro está —dijo Messua, muy atareada con sus vasijas—. Esto sucede por andar corriendo de noche por los pantanos. Sin duda, la fiebre se ha apoderado de ti hasta los huesos.

Mowgli sonrió ante la idea de que algo de la selva pudiera causarle daño.

—Encenderé el fuego, y beberás leche caliente. Quítate la corona de jazmines; su olor es demasiado fuerte para un lugar tan pequeño como éste.

Se sentó Mowgli, murmurando y ocultando el rostro entre las manos. Toda suerte de extraños sentimientos que antaño nunca había experimentado, le asaltaban ahora, exactamente como si estuviera envenenado, y se sentía mareado e indispuesto. Bebió la leche caliente a grandes sorbos, y Messua le daba cariñosas palmaditas en la espalda de cuando en cuando, todavía no del todo segura si aquél era su hijo Nathoo, el de otros tiempos, o algún ser maravilloso de la selva, pero alegrándose de ver que, cuando menos, era de carne y hueso.

—Hijo —dijo por último, y sus ojos brillaban de orgullo—, ¿no te ha dicho nadie que eres hermoso, más hermoso que todos los hombres?

—¿Eh? —respondió Mowgli, porque por supuesto nunca había oído antes cosa semejante.

Rióse Messua suavemente, felizmente. Le bastaba la expresión que veía en el rostro del muchacho.

—¿Soy, pues, la primera? Está bien, aunque sea raro que una madre le diga estas cosas agradables a su hijo. Eres muy hermoso. Nunca vi un hombre que lo fuera tanto.

Mowgli volvió la cabeza, y trató de mirarse por encima de su fuerte hombro, y Messua se rió de nuevo tanto, que Mowgli, sin saber por qué, hubo de imitarla, y el chiquillo corría del uno a la otra, riendo también.

—No; tú no debes reírte de tu hermano —dijo Messua tomándolo en brazos y acercándolo a su pecho.—. Cuando tengas sólo la mitad de su hermosura, te casaremos con la hija más joven de un rey, y entonces montarás en grandes elefantes.

Mowgli no podía entender una sola palabra de todo esto; por otra parte, la leche caliente iba produciendo su efecto en él después de la larga carrera, y así, se acomodó y en un minuto quedóse profundamente dormido, en tanto que Messua le apartaba el cabello de los ojos y lo cubrió con un trozo de tela, sintiéndose muy feliz. Según la costumbre de la selva, Mowgli durmió el resto de la noche y todo el día siguiente, porque el instinto, nunca completamente adormecido, le decía que nada había que temer. Se despertó al cabo dando un salto que hizo temblar la choza, porque la tela que cubría su rostro le hizo soñar que caía en una trampa; permaneció así, de pie, con la mano sobre su cuchillo, pesados aún de sueño sus asustados ojos, pronto para cualquier lucha.

Rióse Messua y puso ante él la comida de la tarde. No eran sino unas bastas tortas, cocidas sobre un fuego que las ahumó, un poco de arroz y un montón de tamarindos en conserva... lo indispensable para esperar a que pudiera cazar algo por la noche.

El olor del rocío en los marjales le abrió el apetito y le excitó los nervios. Deseaba interrumpir su carrera primaveral, pero el chiquillo se empeñó en que lo tuviera en brazos, y Messua en que había de peinarle a su Nathoo el largo cabello de color de ala de cuervo. Conforme lo peinaba, canturreaba cancioncillas sin sentido para dormir chiquillos, ya llamando a Mowgli hijo suyo, ya suplicándole que le diera a su niño un poco de su poder sobre la selva.

La puerta de la choza estaba cerrada, pero Mowgli escuchó un ruido que conocía bien, y vio que se desencajaba el rostro de Messua, por el miedo, al notar que pasaba por debajo de la puerta una enorme pata, y al oír que, afuera, del otro lado de la misma puerta, sonaba un gemido ronco y lastimero en el que había arrepentimiento, ansiedad y temor.

—¡Quédate allí y espera! Cuando llamé, no quisiste venir —dijo Mowgli en el lenguaje de la selva sin volver la cabeza, y desapareció entonces la gran pata gris.

—No... no traigas contigo.., a tus servidores —dijo Messua—. Yo... nosotros.., siempre hemos vivido en paz con los de la selva.

—Viene en son de paz —respondió Mowgli levantándose—. Recuerda aquella noche en el camino a Khanhiwara. Había docenas como éste en torno tuyo. Pero ya veo que hasta en la época de la primavera el pueblo de la selva no siempre olvida. Madre, me voy. Messua se apartó humildemente. "Es, ciertamente, un dios de los bosques" —pensó—.

Pero, cuando Mowgli puso la mano sobre la puerta, en la pobre mujer pudieron más que nada los sentimientos de madre y le echó los brazos al cuello una y otra vez.

—¡Vuelve! —murmuró—. Seas o no mi hijo, regresa, porque te quiero. .. Mira, él también siente que te vayas.

El pequeño lloraba porque veía que el hombre del cuchillo brillante se iba.

—Regresa otra vez —repitió Messua—. Ni de día ni de noche estará esta puerta cerrada para ti.

Mowgli sentía como si todos los nervios de la garganta se le tensaran, y su voz parecía arrastrarse por ella con dificultad cuando respondió:

—Ciertamente volveré. Y ahora —añadió dirigiéndose al lobo y apartándole la cabeza que se acercaba a él cariñosamente cuando transponía el umbral—, ahora tengo una queja contra ti, Hermano Gris. ¿Por qué no vinieron los cuatro juntos cuando los llamé hace tanto tiempo?

—¿Tanto tiempo? No fue sino ayer por la noche. Yo... nosotros. . estábamos cantando en la selva nuestras canciones nuevas, porque ésta es la época del lenguaje nuevo. ¿Te acuerdas?

—Cierto, cierto.

—Y tan pronto como terminamos de cantar las canciones —prosiguió seriamente el Hermano Gris—, seguí tras de tu rastro. Me adelanté a todos los demás y seguí sin parar un momento. Pero, hermanito, ¿qué hiciste viniéndote a comer y dormir con la manada de los hombres?

—Si ustedes hubieran venido cuando los llamé, esto nunca hubiera sucedido —respondió Mowgli, corriendo mucho más aprisa.

—¿Y qué va a suceder ahora? —preguntó el Hermano Gris.

Mowgli iba a contestar, cuando una muchacha vestida de blanco empezó a descender por una vereda que venía desde el extremo de la aldea. El Hermano Gris desapareció de inmediato, y Mowgli retrocedió sin ruido y se escondió en unos altos sembrados. Casi hubiera podido tocar a la joven con la mano cuando los tibios y verdes tallos se cerraron ante su rostro y lo hicieron desaparecer como un fantasma. Gritó la joven, porque pensó que había visto un duende, y luego suspiró profundamente. Mowgli separó los tallos con las manos y se estuvo contemplándola hasta que ella se perdió de vista.

—Y ahora no sé... —dijo, suspirando a su vez—. ¿Por qué no vinieron ustedes cuando los llamé?

—Te seguimos... te seguimos siempre —murmuró el Hermano Gris, lamiendo los talones de Mowgli—. Te seguimos siempre, excepto en la época del lenguaje nuevo.

—¿Y me seguirías hasta la manada de los hombres? —dijo en voz muy baja Mowgli.

—¿No te seguí aquella noche en que nuestra manada te expulsó? ¿Quién te despertó cuando yacías entre los sembrados?

—Sí; pero, ¿lo harías de nuevo?

—¿No te seguí acaso esta noche?

—Sí; pero una, y otra vez, y quizás otra más, Hermano Gris.

Permaneció éste en silencio. Cuando habló otra vez, fue para decir como hablando consigo mismo:

—La Negra dijo la verdad.

—¿Qué dijo?

—Que el hombre, por último, vuelve siempre al hombre. Raksha, nuestra madre, dijo.

—También lo dijo Akela aquella noche de los perros rojizos —murmuró Mowgli.

—Lo mismo dice Kaa, que sabe más que todos nosotros.

—¿Y qué dices tú, Hermano Gris?

—Te expulsaron una vez, llenándote de insultos. Te hirieron en la boca con una piedra.

Enviaron a Buldeo para que te asesinara. Te hubieran arrojado sobre la flor roja. Tú mismo, no yo, has dicho que son malos y necios. Tú, y no yo (pues yo tan sólo seguí a los míos) lanzaste a la selva contra ellos. Tú, y no yo, inventaste una canción contra los hombres, más amarga aún que nuestra canción contra los perros de rojiza pelambre.

—Te pregunto qué es lo que tú opinas.

Hablaban mientras seguían corriendo. El Hermano Gris galopó todavía un rato más sin contestar, y luego dijo entre salto y salto:

—Hombre—cachorro... Amo de la selva... Hijo de Raksha... hermano mío: aunque sea algo olvidadizo en primavera, tu rastro es mi rastro, tu cubil es mi cubil, tu caza es mi caza, y donde mueras luchando, moriré yo. Hablo también por los otros tres. Pero, ¿qué le dirás ahora a la selva?

—Ésa es una buena ocurrencia. Entre ver una pieza y matarla, no debe pasar mucho rato.

Adelántate y congrégalos a todos al Consejo de la Peña, y entonces les diré lo que siento en mi pecho. Pero quizás no acudan al llamamiento... Quizás se olvidarán de mí, en la época del lenguaje nuevo.

—¿Acaso tú nunca te has olvidado de nada? —ladró el Hermano Gris en tanto que corría al galope, y Mowgli lo seguía, pensativo.

En cualquiera otra estación la noticia hubiera atraído a todos los habitantes de la selva, que se hubieran presentado juntos, erizados los pelos del cuello; pero ahora estaban muy ocupados cazando, luchando, matando y cantando. Corría del uno al otro el Hermano

Gris, gritando:

—¡El amo de la selva se vuelve con los hombres! ¡Venid al Consejo de la Peña!

Y el pueblo todo, feliz, pletórico de vida, se limitaba a responder:

—Regresará acá de nuevo con los calores del verano. Las lluvias lo traerán de nuevo al cubil. Corre y canta con nosotros, Hermano Gris.

—¡Pero es que el amo de la selva se vuelve con los hombres! —repetía el Hermano Gris.

—¡Eee—Yoawa!... ¿Acaso por eso es menos dulce el tiempo del lenguaje nuevo? —le contestaban.

Y así, cuando Mowgli, sintiendo el corazón oprimido, subió por entre las rocas que tan bien conocía al lugar en que lo habían presentado al Consejo, no halló allí más que a los cuatro, a Baloo, que estaba ya casi ciego por los años, y a la pesada y fría Kaa, enroscada en el lugar que solía ocupar Akela.

—¿Termina, pues, aquí tu rastro, hombrecito? —dijo Kaa, mientras Mowgli se arrojaba al suelo con el rostro entre las manos—. Lanza tu grito; somos de la misma sangre tú y yo... el hombre y la serpiente.

—¿Por qué no me mataron los perros rojizos? —gimió el muchacho—. Mi fuerza me ha abandonado, y la causa no es ningún veneno. Día y noche oigo unos pasos que siguen mis huellas. Y cuando vuelvo la cabeza, es como si en aquel mismo momento alguien se escondiera de mí. Miro tras de los árboles, y nadie hay allí. Llamo y nadie responde; pero es como si alguien me escuchara y se guardara la respuesta. Me echo al suelo a descansar, pero no descanso. Emprendo la carrera primaveral, pero eso no me hace sentirme más calmado. Me baño, pero el baño no me refresca. Me disgusta matar, pero no me atrevo a luchar sino cuando, al fin, mato. Siento a la flor roja en mi cuerpo; mis huesos se han vuelto como el agua... y no sé lo que me pasa.

—¿Qué necesidad hay de hablar? —dijo Baloo lentamente, volviendo su cabeza hacia donde se hallaba Mowgli—. Akela, allá junto al río, dijo que Mowgli arrastraría a Mowgli de nuevo hacia la manada de los hombres. También yo lo dije. ¿Pero quién escucha ahora a Baloo? Bagheera...

¿dónde está Bagheera esta noche? Ella lo sabe también. Es la ley.

—Cuando nos encontramos en las moradas frías, hombrecito, ya lo sabía yo —dijo Kaa, volviéndose un poco, enroscada en sus poderosos anillos—. Al fin, el hombre siempre vuelve al hombre, aunque la selva no lo arroje de su seno.

Los cuatro se miraron uno al otro y luego a Mowgli, perplejos pero prontos a obedecer.

—¿La selva, pues, no me expulsa? —balbuceó Mowgli.

El Hermano Gris y los otros tres gruñeron furiosos y empezaron a decir:

—Mientras nosotros estemos vivos, nadie se atreverá.

Pero Baleo los hizo callar de inmediato.

—Yo te enseñaré la ley. A mí me toca hablar —dijo—, y, aunque no pueda ver ya ni las rocas que tengo delante, todavía veo muy lejos. Ranita, sigue tu propio rastro; haz tu cubil entre los de tu propia sangre, entre los de su manada, entre tu propia gente; pero, cuando quieras que te ayudemos con los pies, los dientes o los ojos, llevando rápidamente por la noche un mensaje tuyo, acuérdate, amo de la selva, que ésta está pronta para obedecerte.

—También la selva media es tuya —dijo Kaa—. Hablo a nombre de gente de importancia.

—¡Hai—mai! ¡Hermanos míos! —exclamó Mowgli levantando los brazos y sollozando. No sé ya lo que quiero. No quisiera irme, pero me arrastran mis dos pies contra mi voluntad. ¿Cómo podré renunciar a nuestras noches?

—¡Vaya, levanta los ojos, hermanito! —dijo Baloo—. Nada hay aquí de qué avergonzarse.

Cuando hemos comido la miel, abandonamos la colmena vacía.

—Una vez desechada la piel, no podemos vestírnosla de nuevo —observó Kaa—. Ésa es la ley.

—Escucha, tú, a quien quiero sobre todas las cosas —prosiguió Baloo. No hay ni una palabra ni una voluntad que puedan retenerte aquí. ¡Levanta los ojos! ¿Quién se atrevería a formularle preguntas al amo de la selva? Yo te vi jugando entre los blancos guijarros allí, cuando no eras más que un renacuajo; y Bagheera que te rescató pagando por ti un toro recién muerto, te vio también. De aquella inspección que se llevó al cabo entonces, no quedamos sino nosotros dos, porque Raksha, tu madre adoptiva, murió, lo mismo que tu padre adoptivo; los lobos que antiguamente formaban la manada, hace mucho tiempo que murieron; tú sabes lo que le sucedió a Shere Khan; en cuanto a Akela, murió entre los dholes, donde, si no hubiera sido por tu habilidad y tu fuerza, hubiera perecido también la segunda manada de Seeoneo. Nada queda sino huesos viejos. No puede ya decirse que el hombre—cachorro venga a pedirle permiso a su manada para marcharse, sino que ahora el dueño de la selva cambia de rastro. ¿Quién se atreverá a preguntarle al hombre por qué lo hace?

—Por Bagheera y el toro que me rescató... dijo Mowgli—. No quisiera...

Sus palabras fueron interrumpidas por un rugido y por el ruido de algo que caía en los matorrales vecinos, y Bagheera, ligera, fuerte y terrible como siempre, apareció ante él.

—Por esa razón —dijo estirando una de sus patas que chorreaba sangre—, no vine antes. La caza fue larga, pero allí yace muerto entre las matas... Es un toro de dos años..., un toro que te devuelve la libertad, hermanito. Ahora quedan pagadas todas las deudas. Por lo demás, no digo otra cosa sino lo que Baloo diga.

Lamió el pie de Mowgli.

—¡Acuérdate de que Bagheera te quería! —gritó luego, y desapareció.

Ya al pie de la colina, gritó de nuevo con más fuerza:

—¡Buena suerte en el nuevo rastro que sigues, dueño de la selva! ¡Acuérdate: Bagheera te quería!

—Ya lo has oído —dijo Baloo. Eso es todo. Vete ahora. Pero antes, acércate a mí. ¡Ven, ranita sabia!

—Es duro mudar de piel —observó Kaa en tanto que Mowgli sollozaba largo rato, con su cabeza en el costado del oso ciego, y rodeándole el cuello con los brazos, en tanto que Baloo intentaba débilmente lamerle los pies.

—Las estrellas se apagan —dijo el Hermano Gris, olfateando el viento del alba—. ¿Dónde dormiremos hoy? Porque, desde ahora, seguiremos nuevas pistas.

Y ésta es la última de las narraciones relativas a Mowgli.

La Canción Final

(Esta es la canción que Mowgli oyó resonar a sus espaldas mientras regresaba al hogar de Messua.)

Baloo

Por el amor de aquel que a una ranita sabia
le enseñó la ley de la selva,
guarda la ley de la manada de los hombres,
¡guárdala por amor del viejo y ciego Baloo!

Antigua o nueva, clara o turbia,
pégate a ella como si fuera una pista,
de noche y de día, sin mirar
jamás a tu derecha o a tu izquierda.

Por el amor de quien te quiere,
más que a cualquier otro ser con vida,
cuando en tu manada te hagan sufrir,
di tan sólo: "Tabaqui canta de nuevo."

Cuando te amenace algún daño, di:
"No ha muerto aún Shere Khan";
cuando el cuchillo esté pronto a matar,
guarda la ley y sigue tu camino.

(Miel, raíces y palmas hacen
que el cachorro ningún mal reciba.)
¡La gracia de la selva, la del bosque,
del agua y de la brisa te acompañen!

Kaa

El miedo nace del mal humor;
los ojos sin párpados ven más claro.
Del veneno de cobra nadie cura:
su palabra cual dardo hiere.
Hablar franco siempre es fuerte;
que lo acompañe siempre la cortesía.
No más lejos aspire de lo que dé tu brazo;
no te apoyes en rama carcomida para lograrlo.
Mira si tu hambre codicia cabra o gamo;
engaña el ojo: se atraganta el bocado.
Ya harto, dormir quisieras...
Sea oculto el lugar, donde tu enemigo
no vaya a cogerte descuidado.
Luzcas limpio el cuerpo, y el hablar
cauto, a los cuatro vientos.
(Desde lejos te seguirá
la selva media los pasos.)
¡La gracia de la selva, la del bosque,
del agua y de la brisa te acompañen!

Bagheera

En una jaula empezó mi vida:
lo que vale el hombre bien se me alcanza.
¡Por el cerrojo roto que me libertó!...
¡Hombrecachorro, no fíes en gente de tu casta!

Elige, cuando a la luz de las estrellas caces,
pista recta y no embrollada.
En el cubil, en la cacería, en la guarida,
teme del hombre—chacal la amistad.

Responde con el silencio cuando: "Ven con nosotros;
se pondrá bueno", te dijeren.
Y sigue respondiendo con silencio cuando
ayuda te pidan, contra el débil.

Que la presunción quede para los monos;

mata la pieza, y con esto basta; no pregones.
Cuando caces, no has de retroceder
en tu camino, por nada.

(Tinieblas matinales: protegedle,
guardianas del ciervo.)
¡La gracia de la selva, la del bosque,
del agua y de la brisa te acompañen!

Los tres

En el rastro que siguieres
hasta los umbrales que tememos.
donde la flor roja su capullo abre;
En las noches en que duermas
aprisionado y lejos del materno cielo
escuchándonos a nosotros tus amados,
mientras por allí rondamos.

En las auroras en que anheles
de la dura cárcel salir,
y en que sientas, de la selva
que dejaste, nostalgia;
¡La gracia de la selva, la del bosque,
del agua y de la brisa te acompañen!
¡Saber, fuerza y cortesía
vayan siempre contigo y te amporen!

Rudyard Kipling



Joseph Rudyard Kipling (Bombay, India Británica, 30 de diciembre de 1865 - Londres, Gran Bretaña, 18 de enero de 1936) fue un escritor y poeta británico. Autor de relatos, cuentos infantiles, novelas y poesía. Se le recuerda por sus relatos y poemas sobre los soldados británicos en la India y la defensa del imperialismo occidental, así como por sus cuentos infantiles.

Algunas de sus obras más populares son la colección de relatos The

Jungle Book (El libro de la selva, 1894), la novela de espionaje Kim (1901), el relato corto «The Man Who Would Be King» («El hombre que pudo ser rey», 1888), publicado originalmente en el volumen The Phantom Rickshaw, o los poemas «Gunga Din» (1892) e «If»— (traducido al castellano como «Si...», 1895). Además varias de sus obras han sido llevadas al cine.

En su época fue respetado como poeta y se le ofreció el premio nacional de poesía Poet Laureat en 1895 (poeta laureado), la Orden de Mérito del Reino Unido y el título de Sir como Caballero de la Orden del Imperio Británico en tres ocasiones, honores que rechazó. Sin embargo, aceptó el Premio Nobel de Literatura de 1907, el primer escritor británico en recibir este galardón, y el ganador del premio Nobel de Literatura más joven hasta la fecha.